

Turismo en el monasterio

LES AVELLANES ORGANIZA VACACIONES DEDICADAS A LA MEDITACIÓN

J. RICOU | LES AVELLANES

Concédete unas vacaciones para el alma”, reza un folleto de uno de los programas que, bajo el título *Viaje al corazón*, se ofertan al visitante o turista que elige como destino veraniego el monasterio de Les Avellanes (Noguera). En este tipo de vacaciones se busca de todo menos bullicio. Y algunos parece que hasta se autodescubren, como el cliente al abandonar el monasterio ha dejado escrito en el libro de visitas: “Hoy empieza un nuevo camino para mí, lleno de gozo y ganas de vivir. He estado demasiado tiempo muerto”.

Silencio. Esta es la norma más estricta de todas las que convierten el monasterio de Les Avellanes en un singular destino de vacaciones. El bajo tono de voz utilizado tanto por clientes como por el personal es la primera muestra de que los que aquí se alojan buscan mucha paz. Es la primera lección para el visitante poco acostumbrado a este tipo de descanso veraniego. La segunda: la gran amplitud de miras de los maristas que compraron este monasterio –sin monjes desde 1.835– a principios del siglo pasado. Y es que aquí no se pregunta a nadie por sus creencias religiosas. Energía, cosmos o Dios son palabras distintas que en este destino se suelen utilizar con un mismo significado. Durante estos meses de agosto en Les Avellanes han convivido un grupo que buscaba autodescubrirse con la ayuda de la filósofa Anna Mascaró, otro dedicado a la meditación con sesiones dirigidas por un antiguo monje budista tailandés (Dhiravamsa) y una treintena de monitores de colonias, que celebraron una reunión de trabajo.

Jaume, marista y uno de los refuerzos por el incremento de trabajo en agosto, explica que desde 1965 –que fue cuando el Vaticano autorizó a las comunidades religiosas a abrir sus puertas al público en general y les permitió asumir la función de hospedería– han sido muchos los monasterios que han habilitado habitaciones o adaptado espacios para recibir visitantes y turistas. Poblet, Montserrat, Vallbona de les Monges o el santuario del Miracle, en el Solsonès, son sólo algunos ejemplos de estos nuevos destinos “místicos”, que cada vez tienen más demanda.

La diferencia del monasterio de La Noguera con el resto es que aquí se ha levantado un auténtico hotel. En este complejo religioso se puede meditar, reflexionar o buscar la paz



MERCÈ GIU

Un grupo de personas meditando en el monasterio de Les Avellanes

interior sin renunciar a las comodidades de una habitación moderna, con baño y aire acondicionado.

Lo único que falta en estas 37 habitaciones que se ofertan a una media de 65 euros por noche es la televisión. Pero todo está muy estudiado y los que buscan la austeridad propia de la vida monástica pueden alquilar habitaciones mucho más modestas en el ala que se conoce co-

mo “Casa de la Espiritualidad” y que es la que ocupan los hermanos maristas. Los precios son mucho más económicos y al visitante se le ofrece la posibilidad de hacer vida conjunta con la comunidad.

Tampoco parece que los clientes de este tipo de turismo encuentren a faltar todo eso. Juanjo, vecino de San Sebastián, forma parte del grupo de 65 personas que han pasado

este agosto diez días en el monasterio para seguir un retiro de meditación dirigido por un antiguo monje budista. Meditan siete horas y media al día. “Sólo nos levantamos de vez en cuando para dar vueltas, muy despacio, alrededor del claustro”, explica Juanjo, que habla más durante esta entrevista que en los nueve días que lleva encerrado en Les Avellanes. Y es que este grupo apenas se dirigen la palabra entre ellos mientras dura ese retiro de meditación, salvo para pedirse la sal o el pan cuando están en la mesa.

Para Juanjo estos retiros –en los que los menús son vegetarianos– son como una desconexión total que le proporcionan una regeneración del cuerpo y mente absoluta. Este psicólogo explica que aunque el retiro se nutre de prácticas budistas en el grupo hay personas de creencias muy distintas. Lo de no hablar ni realizar movimientos o ejercicios bruscos durante los diez días es, concluye Juanjo, “para no perder toda la energía que se acumula” en estas maratónicas sesiones de meditación. Es otra forma de recargar las pilas, que nada tiene que ver con las técnicas usadas por aquellos que buscan el mismo fin con descensos de vértigo por barrancos o largas siestas en la playa.●

Descanso de clausura

■ Para estudiar, descansar, para encontrarse a sí mismos, por una cuestión de fe o incluso por curiosidad. Aunque más de la mitad repiten, cada año los monjes de Poblet reciben en su monasterio a nuevos huéspedes. “Los hay de todas las edades”, explican en la oficina de información. Todos son hombres. Las mujeres podrán alojarse en Poblet cuando se inaugure la nueva hospedería, que será mixta con capacidad para una cincuenta de personas, y se está construyendo en lo que eran las ruinas del hospital de los pobres, de época medieval. Ahora, las dieciséis habitaciones de que dispone este monumento declarado patrimonio de la humanidad están situadas en la zona de clausura y los huéspedes conviven con los monjes. No están obligados a asistir a las ocho oraciones comunes que se realizan cada día, aunque pueden hacerlo si quieren. A lo que sí tienen que adaptarse es al horario de las comidas: desayuno a las 8.45, almuerzo a las 13.15 y cena a las 19.30 horas. La hospedería sólo cierra en Navidad y no tiene tarifas. Los monjes piden a sus huéspedes lo que a ellos les parece justo por su estancia. – SARA SANS